

Luis Rubio

Jesús Cantú

La vieja-nueva disputa

México lleva al menos medio siglo disputando el futuro. Luego de décadas de estabilidad y crecimiento económico relativamente elevado, en los sesenta comenzó a resquebrajarse tanto el orden económico fundamentado en la sustitución de importaciones como el orden político sustentado en el férreo control de un sistema político cerrado. A partir de entonces, el país se dividió en dos grandes corrientes: la que procuró construir un nuevo futuro viendo hacia adelante y hacia afuera; y la que persiguió retornar al nacionalismo revolucionario originado en la Revolución Mexicana, particularmente en su fase cardenista.

La forma en que se resolvió la disputa, luego de la crisis de los setenta, fue típicamente mexicana: con un híbrido de pasado y futuro: construyendo nuevas estrategias económicas pero sin abandonar las viejas estructuras políticas. A nadie debería sorprender que esa contradictoria combinación esté haciendo agua en estos momentos.

Andrés Manuel López Obrador es un fiel representante de la corriente nacionalista revolucionaria y está explotando los errores, pero sobre todo las carencias e insuficiencias, de la corriente modernizadora. Esas carencias e insuficiencias -en un entorno de apertura, información ubicua y redes sociales capaces de transmitir cualquier mensaje en nanosegundos- permiten evidenciar la corrupción, los privilegios y los excesos del viejo sistema que, por esa modernización inacabada, persisten en la sociedad mexicana. Es obvio que todas esas formas de abuso existían antes y, sin la menor duda, seguirían bajo un gobierno de AMLO, pero ese no es el punto de esta contienda; lo que existe resalta algo insoportable para la ciudadanía y ese es el corazón de la estrategia de AMLO: evidenciar las carencias prometiendo el nirvana que, todo mundo sabe, es una utopía más.

Aunque las corrientes modernizadoras han dominado el panorama económico y político por estas décadas, la disputa nunca desapareció. Y esa es la razón medular por la cual se concibió el TLC norteamericano: para garantizar la viabilidad de la modernización, al menos en una parte de la vida nacional, la de la inversión. Es decir, desde el comienzo, los modernizadores entendían, al menos de manera pragmática, la existencia de una flagrante contradicción pero, en lugar de resolverla de fondo, construyeron un mecanismo que fuese implacable para proteger al menos el corazón de la modernidad: la economía. Tan fuerte resultó el entramado político priista que los dos gobiernos panistas no le quitaron ni un pelo al gato.

El TLC resolvió el nodo del problema al despolitizar una enorme porción de la actividad pública, pues su esencia radica en que constituye, para todo fin práctico, un espacio de excepción: ahí sí hay reglas, mecanismos funcionales para resolver disputas y hacer valer contratos. Con el TLC, una parte fundamental de la economía quedó excluida de la corrupción y aislada de la disputa política más amplia. Sin embargo, para los perdedores en esa disputa, el TLC se convirtió en el factor a vencer; su problema fue que el acuerdo comercial se tornó extraordinaria-

La forma en que se resolvió la disputa, luego de la crisis de los setenta, fue típicamente mexicana: con un híbrido de pasado y futuro: construyendo nuevas estrategias económicas pero sin abandonar las viejas estructuras políticas. A nadie debería sorprender que esa contradictoria combinación esté haciendo agua en estos momentos.

mente popular porque sus virtudes son obvias para la ciudadanía: es el único motor de crecimiento de la economía y, más importante, aunque para la mayoría sea algo distante, constituye un vívido ejemplo de lo que es la legalidad.

Cuando AMLO llama “PRIAN” a los gobiernos modernizadores del PRI y del PAN, lo hace obviamente para descalificarlos, pero en realidad se refiere a la lucha entre el pasado y el futuro: apertura vs. autarquía; mercado vs. gobierno a cargo; democracia vs. control vertical. No es que los gobiernos del PRI y del PAN hayan sido un dechado de virtudes, pues todos hablaban de la modernidad pero seguían preservando el mundo de los privilegios. Pero lo relevante es que el común denominador es el sistema priista de antaño en su vertiente política: esa que, por más que haya elecciones libres, no ha cambiado en lo esencial.

La vieja-nueva disputa reside en el corazón del viejo sistema priista, del cual son igualmente paradigmáticos López Obrador y Peña Nieto: ambos son representantes dignos del PRI de los sesenta y ninguno promete algo distinto que preservar ese viejo sistema en su vertiente política; donde los candidatos de hoy -AMLO y Meade (o Anaya)-difieren radicalmente es en la vertiente económica: uno quiere retornar al mundo idílico de los sesenta, justo cuando comenzaba a hacer crisis; el otro quiere avanzar hacia la modernidad creando mayores oportunidades de desarrollo que son, a final de cuentas, las que han estabilizado a la economía y creado una creciente y pujante clase media.

Contrario a lo que plantea AMLO, el verdadero reto de México no yace en el “modelo” económico sino en el viejo orden político, pues es ahí donde el país se ha atorado, preservando un mundo de privilegios y un capitalismo “de compadres”. Así, el dilema para la ciudadanía radica en decidir cómo quiere cambiar: hacia adelante o hacia atrás.

Vale la pena recordar las sabias palabras de Vaclav Havel: “un mejor sistema no asegura de manera automática una vida mejor. De hecho, lo opuesto es cierto: sólo creando una mejor vida es posible desarrollar un mejor sistema”.

@lrubiof

Iglesia logra, lo que el gobierno no puede

Las declaraciones de Salvador Rangel Mendoza, Obispo de la Diócesis Chilpancingo-Chilapa, de que se había reunido con uno de los capos del narcotráfico en la sierra de Guerrero, para lograr el restablecimiento de los servicios de agua y luz y que les permitieran a los candidatos a los distintos puestos de elección popular hacer campaña en la zona, provocaron que el secretario de Gobernación y un Consejero del Consejo General del Instituto Nacional Electoral advirtieran que investigarían si el prelado incurría en algún delito o conducta ilícita.

Alfonso Navarrete Prida, titular de Gobernación, señaló que la ley no se negocia, simplemente se aplica, lo cual es una verdad irrefutable, sin embargo, se le olvidó que hay un amplio territorio en el estado de Guerrero que está bajo control de los grupos delincuenciales y las autoridades son incapaces de poner orden. Lo que el Obispo hizo, de acuerdo a su dicho, fue simplemente lograr la colaboración de los capos de los grupos delincuenciales para que se restablecieran servicios públicos fundamentales para la sobrevivencia humana; restableció el orden mediante el diálogo y el convencimiento, sin ofrecer nada a cambio.

Mientras tanto, el Consejero Marco Antonio Baños, advirtió que la Iglesia no debe participar en el proceso electoral y que los acuerdos con el narco son ilegales. Sin embargo, lo que es ilegal es que la Iglesia intentó incidir en el proceso electoral a favor o en contra de un determinado candidato, no puede considerarse ilegal el que haya logrado que los narcos se comprometieran a permitirle a todos los candidatos realizar campaña en el territorio bajo su control. Sería una intromisión si la negociación hubiese sido para que un candidato pudiera ingresar y el resto, no; o que no dejaran entrar a alguno o algunos en particular, pero el establecimiento de las mismas condiciones para todos no incide para nada en el proceso electoral.

Por otra parte, de acuerdo al dicho del Obispo, las condiciones que los narcos le establecieron, según publicó el diario Reforma, en su edición del domingo primero de abril fue: “...que los candidatos no repartan dinero para comprar el voto y...la otra gran petición que hicieron estas personas es que los candidatos cumplan lo que prometen porque después llegan al poder y se olvida de la gente y eso es lo que molesta”.

De acuerdo con esto, el grupo delincriminal se comprometió a frenar la violencia en contra de los candidatos y a permitirles hacer campaña, a cambio de que no compren votos y cumplan sus promesas de campaña, lo cual parece muy razonable.

Ninguna de las dos autoridades se detuvo un minuto a reflexionar sobre las condiciones que motivaban la intervención de la Iglesia, pues de haberlo hecho hubieran caído en la cuenta de que era por el incumplimiento de sus respectivas responsabilidades, es decir, como en dichos territorios no existe Estado, pues la autoridad no puede ni siquiera ingresar, ya no se diga garantizar el abasto de los servicios básicos, la Iglesia tuvo que interceder con los grupos delincuenciales para los restablecieran.

Alfonso Navarrete Prida, titular de Gobernación, señaló que la ley no se negocia, simplemente se aplica, lo cual es una verdad irrefutable, sin embargo, se le olvidó que hay un amplio territorio en el estado de Guerrero que está bajo control de los grupos delincuenciales y las autoridades son incapaces de poner orden.

Y aunque el combate a la compra y coacción del voto no le corresponde directamente al INE, es un hecho que si debiese propiciar las condiciones para que dichas prácticas no se generalizarán como ha sucedido en todas las últimas elecciones. Y, aquí paradójicamente, quien está protegiendo a la población son los grupos delincuenciales, que le marcan un alto a los abusos y excesos de los políticos.

El vacío de autoridad fue lo que abrió la puerta de par en par a la Iglesia para interceder ante quienes de facto ejercen el poder en esas zonas: los grupos delincuenciales. El mismo Obispo Rangel, señaló hace un año en una entrevista con el mismo diario publicó en su edición del 25 de marzo de 2017: “Lo que yo he dicho es que las autoridades de los distintos niveles de gobierno han dejado un vacío de poder, un vacío de acción social que los están llenando, por así llamarlos, los grupos delincuenciales”.

Y precisaba: “O sea que la gente se siente mucho más protegida con ellos [los grupos delincuenciales] que con la autoridad oficial”. Lamentable, pero cierto. Es exactamente lo mismo que ocurre en la sierra de Sinaloa, Durango y Chihuahua, por señalar tres de los estados donde los grupos delincuenciales han destinado parte de sus ganancias para realizar obras que redundan en beneficio de la comunidad, por lo que como señalaba Rangel, abiertamente dicen [los pobladores de esos lugares]: “nosotros los queremos [a los narcotraficantes]”.

La realidad es que, lamentablemente, la Iglesia consiguió mediante el diálogo, lo que las autoridades no pudieron lograr a través de la aplicación de la ley. Lo que le debe preocupar a las autoridades no son las acciones de la Iglesia, sino su incapacidad para hacer cumplir la ley y atender las ingentes necesidades de esa población.

La incapacidad de las autoridades es lo que ha provocado la creación de las autodefensas, los linchamientos de criminales y la intervención de la Iglesia, en lugar de perseguirlos y amenazarlos, lo que las autoridades deben intentar es coordinar todos estos esfuerzos para que, dentro de los cauces legales, permitan reestablecer el Estado de Derecho y atender las necesidades vitales de la población.

Enrique Krauze

El libro que cambió mi vida

Un día de primavera en 1981, mientras corregía galeras en la redacción de la revista Vuelta, recibí la llamada del historiador Richard M. Morse para invitarme a desayunar. Acepté con entusiasmo. Años atrás había leído en Plural (la revista antecesora de Vuelta) su ensayo “La herencia de Nueva España” que había sido una revelación no sólo para mí sino para el director Octavio Paz, que preparaba su biografía de sor Juana Inés de la Cruz. En aquel número (que Paz tituló “Nueva España entre nosotros”) Morse equiparaba por primera vez la categoría weberiana del “Estado patrimonialista” tradicional al Estado “tomista” español que dominó por trescientos años sus reinos de ultramar con indiscutida e indisputada legitimidad. Era un hallazgo notable. Paz, que desde El laberinto de la soledad se dedicaba a pensar lo que llamaba “la naturaleza histórica” de México, asimiló aquel concepto y lo utilizó en diversos ensayos sobre historia mexicana. Le parecía convincente la discusión de Morse sobre la supervivencia de aquel orden (que Morse llamaba “tomista” y Weber “patrimonialista”) en el régimen mexicano posterior a la Revolución. En efecto, la cuasi monarquía del PRI era como un cuerpo político presidido por la cabeza presidencial; un edificio corporativo antiguo, duradero e incluyente, donde cabían todas las clases supuestamente antagonicas. No una democracia, sin duda, pero tampoco una tiranía. Menu-da sorpresa: ¡santo Tomás había escrito el libreto de nuestra historia política! ¿Cómo no

Le pregunté de dónde provenía su tesis sobre el tomismo como filosofía fundadora en Iberoamérica. “Es una larga historia que recojo en El espejo de Próspero, el libro que estoy por terminar”, me dijo, y sin más comenzó a narrar, detalladamente, el “papel preparatorio” que para la tradición filosófica moderna había tenido Pedro Abelardo (1079-1142). A partir de allí, pasando por el pensamiento embrionariamente experimental, tolerante, pluralista de Guillermo de Occam, despuntaba una línea que conducía a las grandes revoluciones científicas, filosóficas y religiosas de la Edad Media y el Renacimiento, para desembocar finalmente en dos “compromisos históricos”.

conocer al autor de semejante idea?

Morse tenía la pinta de un gringo prototípico. Era alto, de vivarachos ojos azules, lentes gruesos, tez muy blanca, quijada cuadrada, pelo ralo y encanecido (que peinaba de izquierda a derecha). Aunque iba a cumplir 60 años y caminaba un poco desgarbado, conservaba trazas de su apostura juvenil. Tiempo después, en las frecuentes visitas que le hice en su hogar de Georgetown, descubrí su lado pícaro, inquieto, distraído, pero en aquel primer encuentro en un ruidoso restaurante de la Ciudad de México su tono era otro, como el de un vidente del pasado: en ocho horas me resumí ocho siglos de historia, una cátedra sobre lo que llamaba “la dialéctica del Nuevo Mundo”.

Le pregunté de dónde provenía su tesis so-

bre el tomismo como filosofía fundadora en Iberoamérica. “Es una larga historia que recojo en El espejo de Próspero, el libro que estoy por terminar”, me dijo, y sin más comenzó a narrar, detalladamente, el “papel preparatorio” que para la tradición filosófica moderna había tenido Pedro Abelardo (1079-1142). A partir de allí, pasando por el pensamiento embrionariamente experimental, tolerante, pluralista de Guillermo de Occam, despuntaba una línea que conducía a las grandes revoluciones científicas, filosóficas y religiosas de la Edad Media y el Renacimiento, para desembocar finalmente en dos “compromisos históricos”. Por un lado, en el mundo anglosajón (que abrazó esas revoluciones con entusiasmo), la línea conducía a Hobbes y Locke, principales fundadores de la

cultura política inglesa en el siglo XVII. Pero un siglo antes, la vertiente ibérica (más bien reacia a esas revoluciones) había adoptado como autoridad a santo Tomás de Aquino (1224/5-1274). Partiendo de esa “proeza arquitectónica” (así llamaba Morse a la Summa Teológica) tres generaciones de filósofos, juristas y teólogos escolásticos españoles habían construido las “premisas culturales” del orbe hispano: el dominico Francisco de Vitoria (1483-1546), sus discípulos de la misma orden Domingo de Soto (1494-1560) y Melchor Cano (1509-1560), los jesuitas Juan de Mariana (1536-1624) y Francisco Suárez (1548-1617). “Fueron preponderantes -me señaló- pero tuvieron un adversario formidable, no inglés sino florentino: Maquiavelo”. Salí deslumbrado por la contemplación de aquella perspectiva. Sentí que había conocido a un discípulo americano de Hegel.

A los pocos días recibí desde Stanford una carta suya con el manuscrito parcial de El espejo de Próspero que aparecería un año después publicado por Arnaldo Orfila Reynal en Siglo XXI. Así dio comienzo nuestra amistad. Había descubierto la clave de Morse. “No te apartes de ella e irás sobre seguro”, me dijo al final de su vida. El pueblo soy yo parte de un diálogo con ese libro que cambió la mía.

1 El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo, México, Siglo XXI Editores, 1982 (traducción de Stella Mastangelo).

www.enriquekrauze.com.mx